

Presentación del libro

Breve *historia de la literatura costarricense*, de Álvaro Quesada Soto, San José: ECR, 2008.¹

Breve *historia de la literatura costarricense* de Álvaro Quesada Soto

Francisco Rodríguez Cascante²

La historiografía literaria latinoamericana tuvo como uno de sus objetivos más valorados en la década de 1980, como confiesa Ana Pizarro “organizar es la dinámica de una historia literaria constituida por una gran dialéctica de ruptura y continuidad” (1985, 29), donde lo relevante es observar no solamente los quiebres entre los sistemas de representación, sino también prestar atención a las continuidades y las modificaciones que se van operando en esos modelos representacionales literarios.

Junto a Pizarro, Ángel Rama en su discusión sobre el corpus de la literatura de América Latina, proponía el estudio de los estratos culturales

y las secuencias de las literaturas de la región, como una alternativa para la comprensión de la dinámica de la historia literaria, concebida como una *apropiación/reconstrucción* transculturadora, complejos procesos de plastificación a las tradiciones articuladas en las literaturas latinoamericanas. En términos de Françoise Perus, se intentaba abandonar la noción de un sistema literario único, para observar “la configuración de un polisistema, cuyos polos de atracción, movimientos, espacios y temporalidades específicas se van desplazando y redefiniendo mutuamente” (1997, 69).

Unido a estos autores, Antonio Cándido y Antonio Cornejo Polar se

1 En esta sección se recogen los comentarios al libro expuestos en la presentación que tuvo lugar el 4 de diciembre de 2008 en la Facultad de Letras de la Universidad de Costa Rica. Esta actividad fue organizada por el Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas (CIICLA, UCR)

2 Profesor de la Sede de Occidente de la Universidad de Costa Rica, investigador del Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericana.

ocupaban de discutir la manera de analizar el lugar de la historicidad en el análisis de los conjuntos textuales, procurando comprender los complejos literarios latinoamericanos en sus dinámicas sociohistóricas.

Es en estas preocupaciones de la historiografía literaria de América Latina donde se inscriben los esfuerzos interpretativos de Álvaro Quesada, quien desde *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910)* de 1986 propuso explorar en nuevas formas de análisis del momento fundacional de la literatura costarricense, movido por una circunstancia particular del contexto: el agotamiento en nuestro medio de los modelos de aplicación estructuralista, utilizados hasta el cansancio. Indica el autor en su preámbulo que se opone a la aplicación de esquemas abstractos a los textos concretos. “Esto es aún más válido cuando se aplican modelos surgidos del análisis de la historia de la literatura europea, a una literatura como la costarricense, cuyas funciones, valores y circunstancias histórico-literarias son obviamente muy distintas”. La respuesta a estas limitaciones es la elaboración de lo que Quesada Soto llamó *enfoque histórico social*.

Esta metodología, que entendía la literatura como práctica social, partía del supuesto de que las normas válidas dentro de la historiografía para un conjunto textual pueden variar si se considera otro conjunto que tenga sus anclajes en otra realidad o en otra época. Así, tanto géneros como

períodos son, decía don Álvaro, nociones elásticas.

En *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910)*, dicha propuesta se basa en una relectura de textos de Lukács, Goldmann y Françoise Pérus, referencias que dos años más tarde, en *La voz desgarrada* (1988) se va a consolidar con el acercamiento de Bajtín a esas formulaciones metodológicas. Indica Quesada Soto en el prólogo:

La mayor complejidad de estos textos con respecto a los analizados en el libro anterior, nos llevó también a buscar en los escritos de Mijaíl Bajtín, y especialmente en su concepción de todo texto como producto de un complejo “diálogo” intertextual, en el que participan interlocutores, palabras, voces y enunciados, “propios” y “ajenos”, presentes, pasados y futuros, un instrumento adecuado para explorar los desgarramientos del discurso oligárquico.

En este libro, la concepción del diálogo implica la imbricación, por medio de una función estructuradora, de tres niveles: el histórico, el ideológico y el literario, en una concepción polifónica que da cuenta de las regularidades discursivas presentes en los textos del período analizado: 1917-1919.

Pero a la vez, Bajtín le permite estudiar quizá el fenómeno que más le interesaba: la cultura popular. Y es que *La voz desgarrada* muestra la imposibilidad de la oligarquía de se-

guir ignorando en su proyecto nacional a los sectores populares quienes ya se han empoderado de su voz, y el último capítulo del libro da cuenta de ello: “Una palabra nueva”, se titula, y en él se estudian esas transformaciones y amplificaciones de la cultura y la literatura costarricenses.

Analizando *Uno y los otros*, en el año 2001 Ligia Bolaños identificó seis claves de lectura en la propuesta historiográfica de Álvaro Quesada: 1) la elaboración de modelos sistemáticos de representación literaria de la realidad nacional, 2) la posibilidad dialógica que tipifica cada una de las promociones y a cada uno de los períodos, 3) la tensión entre lo monográfico-particular y lo totalizante-globalizador, 4) la relación de pareja, familia y la representación de la sexualidad, 5) la periodización y 6) la imbricación contextualizada de la literatura latinoamericana y la literatura centroamericana. Sin duda es en *Uno y los otros*, donde Quesada Soto lleva a densos y profundos niveles de comprensión las categorías analíticas de origen bajtiniano propuestas por el título del estudio.

En todos estos ejes existe de manera explícita muchas veces y de forma implícita siempre la reflexión y la preocupación por las identidades culturales, las cuales le dan sentido tanto al título como a la hermenéutica histórico social que practicó el autor. Esta búsqueda es la que le insta a don Álvaro a realizar una revisión de sus trabajos anteriores en *Uno y los otros*. Así lo confiesa en el Prefacio:

Los aportes sobre el tema de las identidades, tanto en el campo de las ciencias sociales como en el campo de la investigación literaria, han sido tan numerosos y sugerentes en los últimos años, que he creído necesario volver sobre la materia tratada en aquellos libros desde una nueva perspectiva (9).

El texto cuya nueva edición presentamos hoy es una obra de síntesis clara que solo la erudición y la experiencia de investigación que acumuló don Álvaro pudo concretar en un documento que si bien no posee extensión, sí abunda en densidad. Me refiero a densidad en cuanto a la pertinencia de cada una de sus páginas. En tan solo 144 páginas ofrece el autor un recorrido por el eje diacrónico de nuestra literatura, y lo hace con la sencillez y el estilo propio de quien conoce como nadie la historia literaria del país.

Esta impecable y hermosa edición de la Editorial Costa Rica, materializada gracias a los esfuerzos de Amalia Chaverri y de Gastón Gaínza incluye mejoras respecto de la edición del año 2000: entre otros, un aparato de citas, unificación de la norma intituldora, los nombres de los escritores completos, una bibliografía adicional, y sin lugar a dudas el mayor aporte es la inclusión del capítulo VI “Globalización y posmodernidad” que Don Álvaro dejó preparado antes de partir.

Breve historia de la literatura costarricense continúa los esfuerzos metodológicos propuestos por sus

obras anteriores, y eso me parece una de sus mayores virtudes. Como bien lo apunta Quesada Soto en la Introducción “un resumen o exposición abreviada no implica necesariamente la repetición adocenada y simplona de verdades consabidas o viejos lugares comunes; ni una exposición fragmentaria y deshilvanada; ni un simple catálogo descontextualizado e inconexo de nombres de autores, títulos de obras, fechas de publicaciones, nacimientos o defunciones” (11).

¿Cómo se presenta este enfoque histórico-social en *Breve historia de la literatura costarricense*? Veamos ese funcionamiento en el primer capítulo, titulado “El Olimpo: la forja de una identidad”.

En primer lugar la exposición presenta el contexto histórico, haciendo referencia a la colonia y al siglo XIX, vinculando este contexto con la escasez de producción literaria hasta antes de finales del siglo XIX. De este fin de siglo contextualiza el autor la formación de la identidad nacional construida por la nación y el estado liberal. Luego menciona los procesos productivos del momento: la exportación de café al ingreso del país al mercado internacional, que posibilita los deseos de incorporación a la modernidad y al capitalismo.

Estas dinámicas son desarrolladas por la oligarquía liberal, amparada ideológicamente en el liberalismo político y el positivismo filosófico. No obstante, el punto central de la argumentación es que estos procesos de elaboración de un discurso nacional oligárquico no fue lineal ni exento de

contradicciones, y aquí encontramos una de las principales articulaciones teóricas de ese método histórico social, la cual consiste en la categoría de tensión. Esta supone que los procesos socio culturales no constituyen armónicos espacios de unión o síntesis entre los grupos que luchan por sus espacios, sino todo lo contrario, conflictivas dinámicas que distinguen los campos sociales, culturales y simbólicos. Por lo tanto, entonces, los textos que se producen en estos contextos y estos espacios dan cuenta de estas tensiones y el crítico debe observar tales mediaciones y mostrar las obras no como uniformes conjuntos de símbolos, sino como zonas de conflicto donde los diversos sistemas semióticos están en pugna. Esta, me parece, es la manera en que Don Álvaro concibe el enfoque histórico social. Así lo indica al comienzo del capítulo:

En primer lugar, hay una tensión entre el proyecto civilizador de la oligarquía liberal y su modelo de cultura y realidad nacionales, frente a los choques y resistencias de los grupos subordinados cuyas culturas y formas de vida ese modelo tendía a reprimir, marginar o excluir. En segundo lugar, hay también una tensión en el propio proyecto nacional oligárquico, que oscila entre la identificación y la asimilación con los modelos metropolitanos –europeos al principio o estadounidenses más tarde –y el esfuerzo por consolidar la autoimagen de nación independiente y autónoma, con identidad y cultura propias e inalienables. (16-17).

La explicación contextual abre las puertas para que el autor presente los imaginarios simbólicos del período: producción de héroes, gestas, himnos patrióticos, monumentos e instituciones, una mitología, una cultura, y una literatura nacionales. Presta atención, también a los diarios y revistas culturales y los teatros. Todo ello para mostrar el nacimiento de una ciudad letrada: El Olimpo, que corresponde también a la primera generación de escritores costarricenses.

Aquí incorpora don Álvaro el criterio de promoción de autores, porque “son los primeros que discuten sobre las posibilidades o características de esa literatura; los primeros que publican libros y revistas literarias; los primeros que elaboran modelos sistemáticos de representación literaria de la realidad nacional” (20).

Seguidamente enumera el texto los autores con sus fechas de nacimiento y deceso: Manuel de Jesús, Jiménez, Pío Víquez, Jenaro Cardona, Magón, Carlos Gagini, Aquileo Echeverría y Ricardo Fernández Guardia.

Luego presenta don Álvaro breves datos bibliográficos de cada uno de estos escritores y entra en resumen de la polémica sobre el nacionalismo literario, para concluir que esta generación representa lo costarricense asumiendo de una manera no dialéctica dos discursos enfrentados: el de la tradición y el de la modernidad, lo que provoca en los textos del período amplios grados de ambivalencia. Otra vez nos encontramos con el

principio de tensión que comentábamos antes.

La última parte del capítulo se dedica a explorar los temas generales tratados en los textos de esta generación: la idealización del núcleo familiar oligárquico-patriarcal, la sumisión femenina, la descomposición social y la pérdida de la identidad nacional, el placer sexual, la relación erótica extramarital, el papel corruptor del extranjero, el poder del dinero en tanto disociador de las leyes y tradiciones, y finalmente, las relaciones entre el campo y la ciudad.

Este ejercicio hermenéutico se prolonga por los demás capítulos: *La unidad escindida*, capítulo 2, dedicado a la generación del Repertorio Americano; *Crisis y quiebra*, capítulo 3, dedicado a la promoción de 1920-1930; *Reforma, revolución y vanguardia*, capítulo 4, donde analiza la Generación del 40; La segunda república, capítulo 5, que se ocupa de la literatura de las décadas de 1960 y 1970, haciendo la transición en la década de 1950; y finalmente el capítulo VI *Globalización y posmodernidad*, que analiza la literatura de las décadas de los ochentas y noventas, capítulo que se incorpora a esta nueva edición.

Breve historia de la literatura costarricense es el texto más sintético de Álvaro Quesada, el cual da testimonio de su enorme conocimiento de la literatura y de la cultura costarricense. Es un manual que de manera obligatoria utilizamos todos los que

impartimos literatura costarricense, pero más allá de esto, es un libro de consulta para todas las personas, de fácil y agradable lectura, porque otra de sus claves metodológicas más valoradas por el autor es el acceso a su lectura por parte de las grandes mayorías, aspiración que ya la expresaba en el primer párrafo de su primer libro *La formación de la narrativa nacional costarricense* y que en este que hoy comentamos cobra su más estricta coherencia: “Porque este trabajo pretende ser accesible y legible para toda clase de público, y no sólo para especialistas” (13).